

## *Algunos estereotipos sobre la inmigración. El ejemplo de Madrid*

CARMEN PÉREZ SIERRA  
Departamento de Geografía Humana. U.C.M.

«No le pidas a Dios que te dé, pide que te ponga donde hay», dice un refrán mejicano, y la Comunidad de Madrid se convierte, junto con la de Cataluña, en la principal zona receptora de inmigrantes extranjeros, según datos de diciembre del año 2000 (Madrid, 18,19% del total, y Barcelona, 16,79%). La dinámica del sistema productivo en la Comunidad de Madrid hace de ésta un foco atractivo para las personas extranjeras que buscan trabajo. En realidad, ese «donde hay» ha sido interpretado desde el comienzo de la Humanidad por cada persona o por cada grupo buscando mayores cotas de libertad, mayor bienestar social y, casi siempre, mejoras económicas. El hombre ha sido migrante desde su origen. Pero hay momentos en que las sociedades humanas viven la movilidad de la población con un alto grado de ansiedad, y sin embargo, las convulsiones que provoca no se corresponden tanto con la intensidad de las corrientes sino con las emociones que suscitan.

Las migraciones internacionales han vuelto a situarse en el centro de la atención pública mundial, y lo han hecho acompañadas de grandes dosis de alarma y de temor. Ciertamente, la inmigración siempre provoca alguna cota de miedo y rechazo en la sociedad receptora, pero en nuestros días existe una verdadera psicosis, y constituye una de las prioridades de las sociedades. Quizá detrás del paro, la delincuencia (con la que frecuentemente se asocia), la drogadicción y el terrorismo, los movimientos migratorios constituyen una de las mayores preocupaciones actuales. Desde luego, están asociados al ascenso de movimientos de extrema derecha en Francia, Alemania o Austria. Cualquier madrileño sabe que ciertos sectores de la Casa de Campo, del Retiro o de determinados barrios son objeto de limpiezas étnicas por grupos de ideología neonazi. El ejemplo paradigmático puede ser el asesinato de Lucrecia en noviembre de 1992, que, emigrante, negra, pobre y mujer, reunía cuatro categorías de baja consideración en nuestra sociedad, y es la «caza del moro»

en algunos pueblos de Almería, las batidas en los fresales de Huelva, el «queremos una Cataluña libre de moros y andaluces» de los *skinheads* de Barcelona, como lo es en Alemania el incendio de casas donde viven turcos, o el acoso a la vertiente norte de la colina del Sacré Coeur, o los hostigamientos de los argelinos en Marsella; ni tan siquiera los países nórdicos, modélicos muchas veces en cuanto a avances sociales, se libran de esta histeria, y en Noruega y en Dinamarca se han creado frentes patrióticos.

Las actitudes hostiles hacia la inmigración no son privativas del Viejo Continente. Históricamente, Canadá, Estados Unidos y Uruguay dictan leyes de cuotas, y en los Estados Unidos de Norteamérica existe un fuerte rechazo hacia los mejicanos. Pero en Europa el fenómeno migratorio cuesta ser asumido, porque sólo a regañadientes los países europeos aceptan ser países de inmigración, cuando su pasado reciente es justo lo contrario. En efecto, y siguiendo a Arango (1992), hay tres momentos a considerar:

1. Los países que hoy constituyen la Unión Europea han sido durante siglos el primer foco mundial migratorio. A lo largo del siglo XIX, y hasta la mitad del XX, con las interrupciones de las dos guerras mundiales, el tipo emblemático de la movilidad mundial fue el representado por millones de europeos (más de 60, si ampliamos el marco de la UE), que cruzaban los mares en busca de destinos propicios, hallados casi siempre en tierras nuevas.
2. A partir de la década de los 50 y hasta la mitad de la de los 70, comienza una variante de este modelo clásico. La variación consistió en la experiencia migratoria intraeuropea, en la que más de seis millones de europeos, especialmente de los países del sur, se trasvasaron a la Europa occidental, donde la bonanza económica reclamaba abundante mano de obra para sus pujantes industrias, aunque en realidad las democracias europeas no pensaron atraer trabajadores permanentes, sino temporales, «invitados», según la terminología alemana. Estos movimientos convivieron con la movilidad campo-ciudad dentro de cada país, lo que contribuyó a la urbanización de Europa.
3. En el último cuarto de siglo XX hay otro giro, pues por una parte finaliza el periodo de crecimiento económico que originó el pleno empleo, y ante la crisis del petróleo los países europeos adoptan medidas restrictivas. Y entonces comienza un flujo migratorio proveniente del sur extraeuropeo, de la Periferia, y protagonizado por personas cuyas disparidades demográficas, sociales y culturales eran muy superiores a las existentes cuando los europeos emigraban hacia su prolongación americana, o cuando los desplazamientos se realizaban entre el sur y el norte europeos.

Por primera vez en el mundo contemporáneo, las mayores migraciones internacionales no están protagonizadas por europeos, y en la década de los 70 el predominio numérico de los inmigrantes procedentes del Tercer Mundo sobre los de origen europeo en los flujos de llegada a los países receptores significa una gran novedad.

Frente a la relativa homogeneidad anterior, los nuevos inmigrantes proceden de contextos muy contrastados étnica y culturalmente. Europa no es la única zona receptora, los Estados Unidos, Canadá, el Asia del Pacífico y el Golfo Árabe son también regiones receptoras, es más, el grueso de las migraciones y las peticiones de asilo son mayores en América. La mayor parte de los dos millones anuales de emigrantes calculados por la ONU tienen como destino Estados Unidos y Canadá.

Pero en Europa el fenómeno se ve con una ideología claramente negativa, en un ambiente emocional tenso. Como mucho, los inmigrantes son vistos como un alivio temporal (Livi Bacci, 1993), como un préstamo que tiene que ser devuelto. En realidad, así ocurrió parcialmente en el caso de italianos y españoles a mediados de los años 70, cuando sus países, en parte gracias a ellos, habían ascendido en la curva del desarrollo. Pero esto no ocurre en los países actualmente migratorios, donde la política de retorno no sólo no está propiciada, sino que está obstaculizada, e incluso se impide o se ralentiza la salida de las familias de los emigrantes, porque ambas cosas significan un freno a las remesas de divisas que reciben, y que en muchos países, como Turquía, Túnez, Marruecos, Mali, Senegal, Filipinas, República Dominicana, etc., significan más del 50% del valor de sus exportaciones.

La ONU estima que dos tercios del total de los emigrantes se originan en los países del sur, y aunque su destino principal no es Europa, la corriente migratoria a Europa ha aumentado, sobre todo desde mitad de los años 80, y la tendencia futura parece ser que seguirá aumentando en Alemania, Austria y Suecia, que canalizarán los movimientos de la Europa occidental y central, y en los países mediterráneos, que centrarán las migraciones de la otra vertiente del Mediterráneo y del África subsahariana.

Es muy difícil medir los flujos, y tampoco resulta sencillo cuantificar los stocks, porque hay que contar con las inexactitudes originadas por diferencias conceptuales o legislativas, y especialmente por la inmigración ilegal. Según el Consejo de Europa, y las cifras pueden cambiar vertiginosamente en unos pocos años, los inmigrantes no comunitarios residentes en la Unión Europea en el año 2000 se cifran en algo más de 16 millones, es decir, apenas el 5% de la población total. Pero no debe caerse en la falacia ecológica, porque los inmigrantes están muy concentrados en el espacio, primero por países (8% de la población en Francia, 10% en Alemania, y 30% en Luxemburgo), y dentro

de los países, por zonas, generalmente ciudades, y dentro de las ciudades, por barrios. Entre la mitad y los dos tercios de estos inmigrantes provienen de Marruecos, Argelia, Túnez y Turquía, y están empezando a ser importantes los movimientos del África subsahariana y de Egipto, regiones que antes se orientaban hacia el Golfo Pérsico.

Las causas por las que las personas emigran son siempre subjetivas y muchas veces las complementariedades no sirven para explicarlas. En el caso de la ribera meridional y oriental de Mediterráneo, no es la pobreza excesiva, pues los tres países que más contribuyen al caudal migratorio están próximos o superan, como en el caso de Túnez, los 1500 dólares per cápita, ni tampoco tienen actualmente una demografía asfixiante, y en realidad la fecundidad ha descendido en los últimos 20 años reduciéndose a la mitad, pues si exceptuamos Libia o Sudán, las mujeres tunecinas, argelinas o marroquíes tienen menos de 4 hijos en su vida, cuando hace tan sólo 20 años tenían entre 6 y 8. Pero el descenso de la mortalidad, que convivió muchos años con una alta natalidad, ha originado una población muy joven, potencialmente migratoria si no se cumplen sus expectativas laborales, expectativas que se ven constantemente ampliadas por la televisión europea, las revistas y los contactos a través del turismo. Además, en el caso de Marruecos, la crisis derivada del petróleo se amplió con la de los fosfatos, afectando al tímidamente iniciado proceso de desarrollo, y creando perturbaciones y desplazamientos, y el integrismo islámico hizo descender el número de turistas en todos los países del Magreb.

Y además está la proximidad: Europa está físicamente a tiro de piedra, y los medios de comunicación y el turismo la acercan cada vez más. El turista europeo, buscando exotismo, se desplaza para su ocio a países donde la simple exhibición de su modo de vida es una incitación a la emigración. Con razón dice Saskia Sassen (1998) que «el turismo global crea gustos de Cadillac en países de bicicleta». En este mundo global las informaciones son muy rápidas y aumentan cuanto mayor sea el volumen migratorio, porque mayores serán las relaciones entre los inmigrantes y sus países.

Hay que contar también con los europeos extracomunitarios. En efecto, rumanos y polacos se ven atraídos por el nivel de vida de Alemania, y cada vez es mayor el número de emigrantes de estas dos nacionalidades que llegan a nuestro país y a nuestra ciudad. También están las minorías étnicas que sufren persecuciones, o simplemente buscan proximidades culturales, y por supuesto, los refugiados políticos, que aumentan cada vez que los países endurecen las legislaciones inmigratorias.

Se tiene la idea de que las restricciones legales no sirven para nada, pero todo parece indicar que sin ellas los flujos serían mayores, aunque es cierto también que a muchos inmigrantes no les importan las barreras legales. De

Barbate a Tarifa, y en realidad en toda la costa mediterránea, hay una explosión de llegadas clandestinas (una media de 15 personas diarias fueron detenidas durante el mes de agosto del año 2000, y puede suponerse que otros muchos conseguirían su empeño).

Muchos empresarios, a pesar del paro, apoyarían el concurso de trabajadores inmigrantes, pero cualquier intento de relajación en la política restrictiva choca con la oposición de amplios sectores sociales, y, como dice Arango (1992), los inmigrantes se convierten en rehenes de los votos, especialmente en las elecciones locales. La percepción de la inmigración es en Europa totalmente negativa; desde el punto de vista económico, porque se piensa que los inmigrantes colapsan y abaratan el mercado de trabajo haciendo descender el nivel de vida. Sin embargo, desde el punto de vista económico, la inmigración puede ser beneficiosa, y en este sentido es significativo el ejemplo de Hong Kong. (Weeks, J., 1984).

En 1949, la revolución comunista arrojó sobre la pequeña colonia británica una verdadera marea humana que hizo que la población pasase de 1,5 millones de habitantes en 1950 a más de 3 millones en tan sólo una década. Como la mayoría de los inmigrantes eran adultos jóvenes, la población siguió aumentando, y en 1980 la colonia rozaba los 5 millones, y tenía 7 en 1999. El vertiginoso flujo produjo en un principio efectos sociales desastrosos. Cuando las viviendas se saturaron surgieron los tugurios, las chabolas, las malas condiciones higiénicas, el hacinamiento y el riesgo de epidemias, pero el gobierno de Hong Kong sólo reaccionó cuando un incendio dejó sin hogar a miles de personas y produjo numerosas víctimas. Surgió entonces un política de viviendas que hizo desaparecer el chabolismo, aunque se construyeron apartamentos tan pequeños que el hacinamiento seguía. En 1975, millón y medio de personas vivían en apartamentos de 15 metros cuadrados, a una media de 6 personas por habitáculo. Todo parecía predecir que el futuro de Hong Kong estaba hipotecado, y que el impacto de la inmigración sobre la situación económica del país era totalmente negativo. Pero no fue así, porque las inmigrantes, la mayor parte de los cuales era de procedencia urbana, supusieron una mano de obra barata que levantó y amplió la economía, y esto, unido a la ventaja situacional del enclave, hizo de Hong Kong uno de los principales puertos comerciales e industriales de Asia. El nivel de fecundidad descendió, las condiciones de vivienda mejoraron, y, con casi 20.000 dólares de renta per cápita y una esperanza de vida similar a la europea, Hong Kong es el exponente de que la inmigración a medio y largo plazo es beneficiosa económicamente.

Pero, ¿lo es demográficamente? La Unión Europea tenía en 1995 cien millones de habitantes más que Estados Unidos, pero en el año 2050 tendrá 20 menos que el país americano. La ONU calcula que en este mismo año 2050

España habrá perdido 10 millones de habitantes, y cifra en 12 millones los inmigrantes necesarios en los próximos 50 años para mantener la actual proporción entre población activa y no activa (Informe Chamie, 2001). Lo que sucede es que todo está ocurriendo «al pie de nuestra ventana», y no tenemos perspectiva histórica. De cualquier forma, Europa sólo percibe desventajas. Pero esta percepción encubre el miedo a la disolución de lo europeo. En todos los países existe una fuerte diferencia semántica entre las palabras «inmigrante» y «extranjero», reservándose la de «inmigrante» para las minorías étnicas de bajo estatus y culturas contrastadas, pero nadie piensa en los funcionarios de Bruselas o en los jubilados nórdicos de la Costa del Sol como inmigrantes. La palabra «extranjero» queda reservada a grupos de estatus medio y alto. Pero la verdad es que tampoco está claro. Por ejemplo, los irlandeses constituyen una de las minorías étnicas más amplias del Reino Unido, pero, al igual que otras minorías blancas, apenas son objeto de interés en las publicaciones del censo británico, como lo son los paquistaníes, los indios o los sudafricanos. Pero, en cambio, en Suiza o en Bélgica existen numerosas publicaciones sobre españoles e italianos. La inmigración de españoles e italianos en Alemania es percibida como una inmigración «buena y positiva», frente a la inmigración actual de turcos y magrebíes, que la sociedad alemana considera «imposibles»; y algo semejante ocurre en Francia, donde los inmigrantes españoles o italianos que no retornaron a sus países se han incorporado a la clase social que sus posibilidades económicas les permiten, integrados totalmente en el tejido social, económico, y hasta marital. Y también parece influir el sentir las diferencias con los países del sur de Europa en un grado menos amenazador.

Europa tiene miedo a perder su identidad. Muy pocos países son étnicamente homogéneos en términos de composición de la población, e incluso en algunos países, como Bélgica o Suiza, el grado de heterogeneidad es tal que incluso contradice el término decimonónico de nación. Pero las naciones europeas tienen la percepción de ser países perfectamente acabados, perfilados, compartiendo además el gusto de sentirse europeos. Esto incluye el reconocimiento de la herencia grecolatina, el cristianismo, que aun a pesar de la creciente laicidad de la población constituye un poderoso pilar, no sólo religioso, sino cultural, y también la idea de nación, y el razonamiento científico, y la invención y difusión del capitalismo y de la democracia, y la idea de progreso y eficacia.

Pero lo europeo no es unitario, y forma un complejo entramado de factores. El prejuicio europeo tiene un marcado carácter nordoccidental, y soslaya las especificidades mediterráneas, porque en realidad, las «brillantes realidades europeas» de las que habla Braudel (1975) poco tienen en cuenta las aportaciones del sur de Europa.

Sin embargo, lo cierto es que aun contando con toda la diversidad posible y los recelos intraeuropeos, las naciones de Europa tienden a converger en la historia y en los factores antes apuntados, formando un todo mínimamente coherente. Es por eso por lo que los emigrantes del sur tuvieron más barreras económicas que sociales a la hora de integrarse en las sociedades receptoras. Por otra parte, el eurocentrismo careció de contraste hasta que apareció en escena Estados Unidos una vez finalizada la II Guerra Mundial (Pérez Sierra, 2000). Los europeos se asombran de que París o Londres hayan sido sustituidos en muchos aspectos por Nueva York, Chicago o Los Ángeles; y los franceses resienten la pérdida de su hegemonía lingüística en beneficio del inglés, pero no del «Queen's English», sino del inglés americano, que se hace «frenchinglish», «spanglish», y, en general, «pichinglish», y se convierte en la lengua franca, en el latín actual. Pero todavía hoy los europeos consideran los Estados Unidos como una mala copia europea y carente de la privilegiada historia y herencia cultural del Viejo Continente, creyéndose orgullosamente poder arbitrar la cultura, la política y las relaciones internacionales.

Los europeos toman conciencia de sí mismos en el exterior, cuando, aprovechando sus avances en cartografía, navegación y tecnología, imponen su dominio espacial y económico en lugares muy alejados. Una identidad es siempre una construcción mítica, a menudo arbitraria e irreal, intangible, superior y compartida, que surge del antagonismo nosotros/ellos. Y en el caso de Europa, el Otro fue mayoritariamente el Islam. También se ha identificado frente a otros, pero el Islam le ha disputado su propio espacio geográfico (700 años en España, el imperio turco en Oriente hasta la I Guerra Mundial). Por supuesto que el Islam no es un todo monolítico, pero hay algo que lo enfrenta a Europa; por un lado, la incapacidad de los estados islámicos para avanzar en el desarrollo manteniendo estructuras ancladas en el pasado, y por otro, el amor propio herido. Vísperas de la II Guerra Mundial, sólo Turquía, Irán y Afganistán eran países auténticamente independientes, y el número de países musulmanes bajo control europeo (Reino Unido, Holanda, Francia, España) era muy elevado.

Tras la independencia surge un panarabismo que intenta adaptar en Yemen, Etiopía y Libia el socialismo al mundo árabe, pero cuando aumenta la debilidad de la URSS, sus opciones pierden credibilidad, y Europa es odiada y admirada a la vez. Toda cultura, cuando se siente amenazada, tiende a recurrir a los documentos que la justifican, y el Corán se convierte en las señas de identidad del mundo islámico. Y cuando los islámicos emigran a Europa, no sólo son los «otros», son los «otros» de una civilización históricamente enfrentada y antagónica. Viejos conocidos siempre reacios a perder su identidad.

Y aunque no es cierto, se tiene la impresión de una gran avalancha islámica en Europa. El 60% de los entrevistados para el Eurobarómetro (1996) opina que hay demasiados islámicos. Y mientras tanto los inmigrantes se agrupan, periferalizan barrios enteros de nuestras grandes ciudades, y no se adaptan a la ciudad, sino que adaptan la ciudad a su forma de vida, y buscan en el país de acogida una *home plus*, que les proporciona mayores cotas de libertad y nivel de vida, mayor protección sanitaria y mejores servicios. Viven sus propias redes, y no buscan tanto como generaciones anteriores la integración, que posiblemente les sería negada. Tienen sus propias tiendas, sus templos, sus restaurantes, que sirven de consumo exótico y *kitsch* para la población que, en otros aspectos, los rechaza. Están en un mundo global, pero mantienen y defienden lengua, costumbres y cultura, y, sólo cuando adquieran mayor nivel de vida, los jóvenes empiezan a compartir los gustos de la sociedad anfitriona.

Crean mundos aparte, y aun compartiendo el mismo espacio, se les mantiene a una enorme distancia social; ahora son más visibles al pasar a trabajar de la industria a los servicios, y por eso quizá asustan más. En este sentido, no es sólo por generosidad por lo que Europa mantiene alta la bandera de la cooperación internacional para eliminar las causas de la inmigración. Pero, a corto y medio plazo, la cooperación al desarrollo *in situ* no es una alternativa a la inmigración, porque es muy difícil que se generen rápidamente tantos puestos de trabajo como se necesitan para absorber los excedentes de mano de obra agraria, crear industrias, infraestructuras y servicios. Y todo ello, sin contar con que actualmente la cooperación internacional resulta inferior en volumen monetario a las remesas de dinero que envían los emigrantes. Decididamente, vamos a una Europa multiétnica y pluricultural.

Bajo este marco general, nuestra Comunidad de Madrid se inserta bajo los mismos presupuestos de ansiedad, desconfianza, temor y desconocimiento. Empezando por las cifras: hay empadronados en Madrid 70.336 marroquíes, 30.000 menos que ecuatorianos, pero aunque los ecuatorianos, al igual que los peruanos, dominicanos o colombianos no se ven libres de estereotipos negativos y son englobados bajo el calificativo despectivo de «sudacas», la percepción de la población madrileña es, lo mismo que ocurre en los Eurobarómetros, que hay «demasiados moros». Las percepciones tienden muchas veces a ser falsas, porque hay poco más de 11.000 chinos, y también se piensa que hay muchos, quizá porque son muy visibles en las tiendas de «todo a 100».

El imaginario popular sobre el marroquí se ha forjado a lo largo de siglos. Tenemos como patrón de España a Santiago Matamoros, y la Reconquista santizó la religión islámica, originando estereotipos y clichés que se intensifi-

can entre los siglos XVI y XVIII, cuando los corsarios musulmanes llenaron de esclavos cristianos los puertos del Mediterráneo, cuando la insurrección morisca de las Alpujarras originó graves enfrentamientos bajo el reinado de Felipe II; y no sólo la voz popular, también la literatura generalizó la idea del musulmán violento, cruel y vengativo: Cervantes, manco en Lepanto luchando contra el turco en 1571, narra sus experiencias en el prólogo de sus «Novelas Ejemplares». Y aunque el Romanticismo suavizó esta percepción, idealizando la figura del árabe galán y caballeroso («Orientales», de Zorrilla, por ejemplo), las guerras de África, la derrota española en el Barranco del Lobo, el desastre de Annual, nutrieron numeroso folklore, canciones infantiles de corro o comba, y tebeos donde el Guerrero del Antifaz, el Cachorro, o el Capitán Trueno, luchan contra los moros, y reaparecen imágenes de violencia y crueldad.

Además, el estallido de la Guerra Civil, y el alistamiento de marroquíes en las tropas franquistas, así como su permanencia posterior en la guardia personal de Franco, reforzaron la idea de traidores, cobardes, violadores y asesinos en ambos bandos, especialmente en el republicano; y de nada sirvió la retórica oficial franquista sobre la hermandad hispano-árabe. La Marcha Verde, tras la descolonización del Sáhara (frente al marroquí, los saharahuis son los «moros buenos»), las reivindicaciones de Ceuta y Melilla, los apresamientos de pesqueros españoles, y, finalmente, el conflicto sobre la isla de Perejil, refuerzan los tópicos y originan no pocas viñetas humorísticas en la prensa diaria y en revistas, transmitiendo jocosamente la idea de una supuesta reivindicación, ya de Hassan II, sobre España entera (ciertamente, los mapas oficiales de Marruecos incluyen las Canarias).

Y con esta distorsionada herencia histórica, comienza la inmigración marroquí a mediados de la década de los 80, tímidamente al principio, vertiginosa en el último quinquenio, y dramáticamente sacudida por los miles de muertos que el mar arroja a nuestras playas como consecuencia del fenómeno «pateras». Solidaridad y tolerancia por un lado, xenofobia por otro, los marroquíes (los moros) ven cómo su imagen se va ennegreciendo.

Si, como en Norteamérica, consideramos el 10% como el *tipping point* a partir del cual la población anfitriona se encuentra incómoda con las minorías recién llegadas, Madrid, con 250.000 inmigrantes, es decir, un 8% de su población, se enfrentaría a una presión inmigratoria moderada. La verdad es que de los 21 Distritos de la capital, 8 (Vicálvaro, Retiro, Fuencarral-El Pardo, Hortaleza, Villa de Vallecas, Barajas y Moratalaz) tienen una presión inmigratoria leve, es decir, menos del 5% de población inmigrante; 10 distritos (Carabanchel, Ciudad Lineal, Usera, Chamberí, Salamanca, Latina, Moncloa-Aravaca, Chamartín, Villaverde y Puente de Vallecas), soportan una presión inmigratoria moderada, entre 5,5% y 9,9%; y, finalmente, 3 (Centro, Tetuán y

Arganzuela) tienen más de un 10% de su población inmigrante. En concreto, Centro tiene más del 17% de su población inmigrante<sup>1</sup>. En todos los distritos, excepto en Villaverde, Barajas y Villa de Vallecas, los dos primeros con mayoría marroquí, y el tercero con mayoría rumana, predomina la inmigración ecuatoriana, pero los marroquíes son los más visibles, aunque su peso relativo sea menor.

Madrid vuelve a ser el rompeolas histórico donde todo se mezcla, y Lavapiés es lo más representativo. Lavapiés es el mundo en veinte calles. En realidad, Lavapiés no es ni un Distrito ni un barrio; pertenece a Embajadores, uno de los cinco barrios que integra el Distrito Centro. Lavapiés es una calle, una plaza y una estación de metro, centro del sector comprendido entre la Ribera de Curtidores, Tirso de Molina y la fachada trasera del Museo Reina Sofía. Zona castiza y de corralas, mantiene transformado el sabor del Madrid de las zarzuelas, pues apenas enfilada la calle Mesón de Paredes o El Amparo, nos aparece una visión abigarrada y colorista de la pluralidad humana: ecuatorianos (mayoría), marroquíes, colombianos, dominicanos, chinos, paquistaníes, cubanos, senegaleses, indios, polacos, sudaneses, rumanos, y un largo etcétera, además de una población autóctona envejecida, sin faltar el aporte de parejas jóvenes también autóctonas, que buscan una zona de vivienda asequible y bien comunicada.

Frente al «pequeño Perú», o al «pequeño Caribe» de Almansa o Bravo Murillo, más monolíticos en su composición, Lavapiés posee la vitalidad que le da su multiculturalismo étnico. Se puede estudiar antropología diferencial en sus escuelas, comer al estilo chino, indio, siro, cingalés o cubano, pero también asturiano, mallorquín o navarro. Hay teterías marroquíes, restaurantes vegetarianos y pubs irlandeses, carnicerías islámicas, tiendas verdes, bailes flamencos, un teatro independiente, y artistas y cantantes callejeros, tiendas de mayoristas de todo tipo, y especializaciones variadas. Los chinos celebran en febrero su Año Nuevo, y los peruanos, en julio, el Día de la Independencia de su país.

El numeroso comercio puede ser una semilla de integración. En un mismo local una persona puede tomar café, cortarse el pelo y comprar comida. En otro, hablar por teléfono, enviar dinero, mandar y recibir fax, y comprar billetes de avión. Cualquier producto culinario, por exótico que parezca, puede encontrarse aquí. Sirven de lugar de encuentro para sus compatriotas, pero se dirigen también a otros inmigrantes, y ofrecen a la población autóctona servicios más baratos y un horario comercial flexible. Se ha creado además una

---

<sup>1</sup> Datos del Trabajo de Investigación realizado para la Comunidad Autónoma de Madrid por un equipo de profesores del Departamento de Geografía Humana de la Universidad Complutense de Madrid, bajo la dirección de Aurora García Ballesteros.

centralidad urbana relativa al existir numerosos almacenes mayoristas que abastecen las tiendas de otros sectores madrileños, y también la venta ambulante.

Cada vez más estos comercios tienden a hacerse mixtos en cuanto a la clientela; muchas veces están regidos por mujeres, lo que favorece el estatus femenino, estabiliza la situación económica familiar (aspecto necesario para disminuir los recelos), y suaviza las relaciones personales.

Objeto de una pequeña gentrificación en determinadas corralas hace un par de décadas, la zona no carece de problemas. Con más de cien años de antigüedad, el 70% de las casas no tienen ascensores, y hay unas 2000 infraviviendas con menos de 30 metros cuadrados, sin aseos individuales, y aunque el Ayuntamiento y la Comunidad han comprado 15 fincas, solamente han rehabilitado de momento 225 viviendas. Existe ciertamente una rehabilitación privada, especialmente en los márgenes, pero las condiciones son en ocasiones deplorables. Los locales encarecen su precio, los alquileres de las viviendas suben, y el problema de la vivienda se agrava. Muchas personas autóctonas y de la primera inmigración, instaladas hace años, intentan salir del barrio, que se deteriora por momentos. Altísimos porcentajes de alumnos de diferentes nacionalidades (más del 60% en una escuela) rebajan el nivel de exigencia y conocimientos, con el consiguiente rechazo de los padres de alumnos españoles; peleas callejeras, puntos de venta de droga, abandono y suciedad convierten Lavapiés a determinadas horas en un lugar inquietante.

Pero hay un germen de integración; cada vez más españoles del barrio compran en las tiendas de inmigrantes, creándose tenuous lazos de vecindad, que se convierten a veces en ligas contra la suciedad en las calles, el mal aparcamiento, y el uso indebido que de la acera hacen los mayoristas; los niños juegan juntos, y se aceptan los festejos de diferentes nacionalidades como un producto vistoso y postmoderno que atrae también población de otros sectores madrileños. La plaza de Lavapiés es un punto de encuentro de la movida joven, y en conjunto la conciencia de barrio se acrecienta especialmente entre la población establecida con sus familias, muchas de las cuales, las más afortunadas, tienen ya una hipoteca destinada a la propiedad de su piso.

Seguramente es cuestión de tiempo. No hay razas puras, en realidad no hay razas, y los españoles somos, por situación de la Península, un producto mestizo de las diferentes oleadas que a lo largo del tiempo han llegado del norte, del sur, del este y del oeste. Quizá las mezclas fueron también incómodas en el momento de producirse.

Hoy la mezcla se está iniciando, y debe hacerse, a mi juicio, en un punto intermedio entre la ética y lo práctico, lejos del talibanismo de unos y de la xenofobia de otros, debe hacerse rompiendo las fronteras mentales que conducen a la incomprensión y la xenofobia, o a la benevolencia gratuita que en-

cubre un sutil paternalismo. Debemos caminar delicadamente sobre una línea flexible entre la tolerancia y la exigencia. La inmigración no puede, ni en número ni en aceptación, ser cuestión de todo o nada.

## BIBLIOGRAFÍA

- ARANGO, J. (1992): «Las migraciones internacionales a fines del siglo XX: realidad y teoría». En *Teoría Sociológica*, CIS.
- BRAUDEL, F. (1975): *Las civilizaciones actuales. Estudio de historia económica y social*. Madrid, Alianza Editorial.
- LIVI BACCI, M. (1993): «Inmigración y desarrollo». *Itinera Cuadernos*, n.º 3.
- PÉREZ SIERRA, C. (2000): «Contactos y cambios culturales en la era global». En *Lecturas Geográficas. Homenaje a José Estébanez Álvarez*, Volumen I. Madrid, Universidad Complutense.
- SASSEN, S. (1998): *Globalization and its discontents: essay on the new mobility of people and money*. Nueva York, New Press.
- WEEKS, J. (1984): *Sociología de la población*. Madrid. Alianza Editorial.